

Actriz de reparto

La convocatoria era para el sábado a las cinco de la tarde en una radio cultural de Parque Patricios. Ese día la encontró en su cuarto, en medio de los preparativos. Junto a la ventana del dormitorio, había una lámpara de pie. Myrna solía mirarla cada noche antes de dormir. Era un objeto elegante con un largo cuello de bronce que servía de soporte a una pantalla de tela rústica. Como en el entramado faltaban algunos hilos, la luz se filtraba de manera irregular. El efecto era de una forzada transparencia. Se podía ver con toda nitidez el foco sobre el que algunas mariposas yacían achicharradas.

Se sentó en el borde de un puff de pana verde. El torso flácido le caía sobre la cintura como un colgajo sin sustancia. El pecho, abundante, se había transformado en algo amorfo. Imposible meter aquello en algún lugar y que quedara inmóvil. Varios pares de zapatos estaban desparramados en la alfombra desteñida. Sobre la cama, una camisa larga con bordados y un vestido rosa, como de terciopelo. Al final abrió la cómoda y sacó el palazzo negro. Iba bien con las botas doradas. La del pie derecho tenía la punta gastada por el uso, pero lo disimuló con esmalte de uñas.

Se vistió sin mirar. Primero la faja, después las medias y finalmente una remera ajustada. Cuando sintió el cuerpo firme abrió los ojos. De pie y frente al espejo se palpó de manera compulsiva el vientre. Respiraba de perfil. Contenía el aire hasta que la ilusión del cuerpo perdido se escapaba por su boca en una exhalación. Las piernas estaban intactas, sin várices. Allí, el tiempo apenas se insinuaba. Se probó la camisola de flores azules. Tironeó un poco de las mangas, se acomodó el escote. Varios minutos pasaron en esa tarea. Sobre el tocador, había una caja de bombones. Metió la mano y sacó unos collares. Tomaba uno, y asiéndolo por el broche, lo colocaba cerca de su cuello, sobre el pecho. Acariciaba las cuentas y lo devolvía a la caja. Tomaba otro y repetía la operación. Antes de finalizar la secuencia efectuaba un movimiento hacia uno y otro lado de la imagen como para permitir una mejor apreciación del conjunto. Se decidió por las perlas y los aros de pedrería hindú que aún estaban en sus envoltorios originales. No tenía muchas oportunidades de lucirlos. Casi no salía del departamento. Tanto habían cambiado las cosas. Las amistades. La mayoría habían muerto o sobrevivían con dignidad. Los más afortunados, como ella, tenían una pensión y a veces eran invitados por algún medio a presentaciones que rememoraban alguna época de oro.

Por un instante se demoró en los recuerdos. Hacía frío. Abrió el placard. Descartó el tapado negro, estaba fuera de moda. No tuvo opción. Se puso la campera que había comprado en Purmamarca. Dos guardas paralelas rodearon el grueso talle de Myrna. La lana, así tensada, produjo una distorsión en el diseño, probablemente llamas o vicuñas.

miró las arrugas. Le cortaban la cara como pliegues expuestos y mal disimulados. Tenía ese aire cansado de los que no duermen bien; lo arregló con maquillaje. Después, el gesto le salió untuoso, a borbotones.

Miriam Gherzi

TP N° 4 Presentación de un personaje